

INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PATRONO

HERIDOS POR LA BELLEZA QUE DESPIERTA LA NOSTALGIA DE LO INEFABLE

Sesión de la Academia Auriense-Mindoniense
en Mondoñedo, 26.04.2014

1. Este mundo tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza

Los cristianos de hoy nos encontramos frente a una cultura mayoritaria, racionalista, científicista, y legalista. Se advierte fuertemente la necesidad de hacer surgir la fe cristiana como manifestación de la vida y de la inteligencia de esta vida nueva. Porque una razón que de algún modo quisiera despojarse de la belleza, quedaría mermada, sería una razón ciega. Sólo las dos cosas unidas forman el conjunto, y para la fe esta unión es importante. La fe debe afrontar continuamente los desafíos del pensamiento de esta época, para que no parezca una especie de leyenda irracional que nosotros mantenemos viva, sino que sea realmente una respuesta a los grandes interrogantes; para que no sea sólo una costumbre, sino verdad, como dijo una vez Tertuliano. Decía el Vaticano II en su Mensaje a los artistas: «Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste a la usura del tiempo, que une a las generaciones y las hace comunicarse en la admiración»¹.

Todas las grandes obras de arte, —las catedrales góticas y las espléndidas iglesias barrocas—, son un signo luminoso de Dios y, por ello, una manifestación, una epifanía de Dios. En el cristianismo se trata precisamente de esta epifanía: Dios se hizo una velada Epifanía, aparece y resplandece.

La gran música que nació en la Iglesia sirve para hacer audible y perceptible la verdad de nuestra fe, desde el canto gregoriano hasta la música de Palestrina y su época, Bach, Mozart, Bruckner, y otros muchos. Al escuchar todas estas obras — las Pasiones de Bach, su Misa en si bemol, y las grandes composiciones espirituales de la polifonía del siglo XVI, de la escuela vienesa, de toda la música, incluso de compositores menos famosos— inmediatamente sentimos: ¡es verdad! Donde nacen obras de este tipo, está la Verdad. Sin una intuición que descubre el verdadero centro creador del mundo, no puede nacer esa belleza.

¹ VATICANO II, *Mensaje a los artistas* [8.12.65]: AAS 54 (1966) 13.



El Papa Benedicto XVI lo recordaba durante una entrevista a la Radio Vaticana el 14 de Agosto del 2005. Decía entre otras cosas: «A mí, en cambio, me gustaría que comprendiesen que estar sostenidos por un gran amor y por una revelación no es una carga: nos da alas, y es hermoso ser cristiano. Esta experiencia nos ensancha el corazón [...] El gozo de ser cristiano: es hermoso y también es justo creer».

2. La verdad revelada es el amor y el amor realizado es la belleza.

Juan Pablo II señala en su encíclica *Fides et ratio*: «A la vez que no me canso de recordar la urgencia de una nueva evangelización, me dirijo a los filósofos para que profundicen en las dimensiones de la verdad, del bien y de la belleza, a las que conduce la palabra de Dios. Esto es más urgente aún si se consideran los retos que el nuevo milenio trae consigo y que afectan de modo particular a las regiones y culturas de antigua tradición cristiana. Esta atención debe considerarse también como una aportación fundamental y original en el camino de la nueva evangelización»².

Vivimos en el escenario ideal para la manifestación de la Iglesia como belleza. Vladimir Soloviev intuía este tiempo nuestro proponiendo la belleza como culminación de los otros trascendentales, la verdad y la bondad. La belleza es como carne de la verdad y del bien. La verdad se revela y comunica como tal cuando se realiza como belleza, como un principio vital y orgánico de la transfiguración. Por eso, la verdad no puede ser reducida simplemente a la idea porque si no Cristo nunca podría decir que es la verdad. La verdad se hace accesible en la carne que, en el sacrificio del amor, ha pasado por la muerte y sigue viviendo en un cuerpo glorioso. Si la verdad no se revela y no es comunicada y conocida como belleza, se convertirá en una idea que, para hacerse eficaz, debería imponerse y presentarse como una dictadura que quiere ser reguladora de la vida del hombre. Y esto es la ideología. La verdad revelada es el amor, porque esto es Jesucristo y esta es la identidad de nuestro Dios: Dios es amor. Por eso, también el bien, si no se realiza como belleza, es decir, como el amor realizado, se convierte en un fanatismo que es capaz de aplastar al hombre e imponer la perfección del individuo como vanagloria y como orgullo. Por tanto, la síntesis final: la verdad revelada es el amor y el amor realizado es la belleza, como afirma el jesuita P. Marko Iván Rupnik.

Cuando se separa la belleza de la verdad y del bien pelagra la belleza misma. Y no olvidemos que «sin el arte la vida humana no sólo sería más basta y lúgubre, sino -y esto es lo grave- menos humana. Liquidar el arte sería monstruoso ya que equivaldría a liquidar algo específicamente humano». «Los trascendentales –ha advertido Von Balthasar- son inseparables entre sí, y el descuido de uno de ellos repercute

2 JUAN PABLO II, *Fides et ratio* (14 – 9 – 1998).

catastróficamente en los otros dos»³. En un mundo sin belleza el bien ha perdido su atractivo y los argumentos de la verdad han perdido su fuerza de conclusión lógica.

3. La paradoja de la belleza doliente

La singular belleza de Cristo es modelo de *vida verdaderamente bella*, se refleja en la santidad de una vida transformada por la gracia. «Es un tema que invita a reflexionar sobre una característica esencial del acontecimiento cristiano, pues en él nos sale al encuentro Aquel que en carne y sangre, de forma visible e histórica, trajo a la tierra el esplendor de la gloria de Dios.

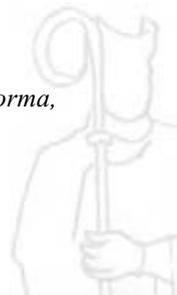
En Cristo, ‘el más bello de los hijos de los hombres’ (Salmo 45) y, al mismo tiempo, paradójicamente, el varón de dolores en quien «no hay parecer, no hay hermosura para que le miremos, ni apariencia para que en él nos complazcamos» (*Is* 53, 2), la estética griega queda superada. Desde entonces, la experiencia de la belleza ha recibido una nueva profundidad y un nuevo realismo. «Quien es la belleza misma se ha dejado golpear el rostro, escupir a la cara, coronar de espinas. Pero precisamente en este rostro tan desfigurado aparece la auténtica belleza: la belleza del amor que llega «hasta el final» y que se revela más fuerte que la mentira y la violencia. «Cristo, con su encarnación, ha traído un nuevo «canon de Belleza». No solamente ha restablecido la belleza original de la creación, perdida y profanada por el pecado y por el mal, sino que ha traído, en su persona, la fuente de toda belleza. Desde él se expande por el mundo el agua viva de la belleza. Y toda la belleza del mundo, tanto la de la naturaleza como la de la virtud o el arte, es una irradiación de su Belleza... que se ha vuelto accesible por su encarnación» (Cardenal C. Schönborg)

En Cristo encontramos la belleza de la verdad y la belleza del amor; pero, como sabemos, el amor implica también la disponibilidad a sufrir, una disponibilidad que puede llegar incluso a la entrega de la vida por aquellos a quienes se ama (cf. *Jn* 15, 13)».

La perfección de la belleza cristiana consiste en la invocación del hombre pobre, miserable y mortal a Dios; consiste en su apertura para acoger la acción de Dios en él, que es una acción salvífica.

Hay, pues, una belleza moral que va mucho más allá de la belleza física: La belleza no es algo reducido al rostro o al cuerpo. Cuando se conoce por dentro a una persona, la mirada no se detiene en su aspecto corporal, sino que alcanza a la persona en su condición verdadera, única. Entonces el rostro del amigo, el sonido de sus palabras, dejan traslucir toda la hermosura espiritual que lleva dentro. Un acto de lucha por la justicia, un gesto de generoso perdón, la capacidad de sacrificio por un gran ideal vivido con alegría... todas estas acciones encierran una enorme belleza y por eso tienen capacidad de atracción espiritual.

3 H. U. von BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica*, vol. I: *La ‘percepción de la forma*, Madrid 1984, 15. 23.



4. La ‘via pulchritudinis’ camino privilegiado de nueva evangelización

Como señala Melchor Sánchez de Toca, la estética y la belleza constituyen un camino privilegiado de evangelización. *«un camino para hablar de Dios al hombre de hoy, y para permitirle, a través de la belleza alcanzar a Dios. Y camino de diálogo, porque la belleza, como la cultura que genera, representa un terreno de encuentro con creyentes de otras religiones e, incluso, con quien no cree en absoluto en un Dios trascendente y personal»*

Paul Claudel, famoso poeta, dramaturgo y diplomático francés, al escuchar el canto del Magnificat durante la Misa de Navidad en la basílica de Notre Dame, París, en 1886, advirtió la presencia de Dios. No había entrado en la iglesia por motivos de fe, sino para encontrar argumentos contra los cristianos. Sin embargo la gracia de Dios actuó en su corazón.

«Iluminad la oscuridad de un mundo trastornado por los mensajes contradictorios de las ideologías. No hay belleza que valga si no hay una verdad que reconocer y seguir, si el amor se reduce a un sentimiento pasajero, si la felicidad se convierte en un espejismo inalcanzable, si la libertad degenera en instintividad. ¡Cuánto daño puede producir en la vida del hombre y de las naciones el afán de poder, de posesión, de placer!»

El encuentro con la belleza es como una sacudida emotiva y saludable que permite al ser humano salir de sí mismo, trascenderse, que lo entusiasma, atrayéndolo hacia lo más elevado y sublime. El encuentro con la belleza es una experiencia que arranca a la persona del acomodamiento cotidiano, que le hiere profundamente y le recuerda un mundo originario perdido, para, simultáneamente, inducirlo a su búsqueda. El dardo de la nostalgia lo hiere y, justamente de este modo, le da alas y lo atrae hacia lo alto. La belleza despierta la nostalgia de lo Indecible, predispone al ofrecimiento, al abandono de uno mismo, suscita la conexión con lo esencial, con lo más íntimo de uno mismo y del mundo. No sabemos si la belleza salvará al mundo como decía aquel conocido personaje de «los hermanos Karamazov», pero lo que sí sabemos es que la belleza da que pensar, abre la mente a horizontes desconocidos, suscita un viaje espiritual, cuyo destino no sabemos con anticipación. Evoca, en definitiva, un misterio que trasciende, pero que, de algún modo, percibimos, aunque sea intermitentemente a través de las formas bellas que la naturaleza ha generado por sí misma o que los artistas esculpieron con talento y tesón.

Dijo Dostoievski: «La humanidad puede vivir sin la ciencia, puede vivir sin pan, pero sin la belleza no podría seguir viviendo, porque ya no habría nada que hacer en el mundo. Todo el secreto radica aquí, toda la historia está aquí»

La belleza verdadera no es cosmética ni romanticismo ni idealismo, sino el drama de la unificación del mundo. El principio de la belleza es, pues, la atracción, la fascinación, no la demostración, no una argumentación aplastante. Para la

evangelización del mundo contemporáneo me parece muy importante el principio estético de la Iglesia, es decir, la vida de la Iglesia como la fascinación que atrae, que conmueve a causa del estilo de la vida. Esto crea en torno a la Iglesia una sana simpatía y no temores, miedos y conflictos. Así se afirma el principio de la libre adhesión.

Los hombres que han tenido más despierto el sentido religioso lo han expresado en términos poéticos, musicales, plásticos, que siguen conmoviendo hasta a los menos sensibles y a los menos cultivados. «Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé», reconoce S. Agustín. Y continúa: «Pero ¿qué es lo que amo cuando te amo? No una belleza material ni la hermosura del orden temporal. No es el resplandor de la luz amiga de los ojos. No la suave armonía de melodías y canciones, ni la fragancia de flores, de perfumes y aromas. No el maná, ni la miel, ni miembros gratos a los abrazos de la carne. No, nada de eso amo cuando amo a mi Dios. Y sin embargo, cuando le amo es cierto que amo una cierta luz y una cierta voz, un perfume, un alimento y un abrazo. Luz, voz, perfume, alimento, y abrazo de mi hombre interior, donde mi alma está bañada por una luz que escapa al espacio, donde oye una música que no arrebatara el tiempo, donde respira la fragancia que no disipa el viento, donde gusta comida que no se consume comiendo y donde abraza algo de lo que la saciedad no puede esperar. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios»⁴.

4 S. AGUSTÍN, *Confesiones* 10, 6,7.

